

EL PERDEDOR

Lo peor que le puede suceder a un jugador no es perder sino no tener con quién jugar y con Belisario ya nadie quería hacerlo. Y Belisario es un apasionado. Piensa en retar a cualquiera mañana, tarde y noche, excepto cuando está dormido o cuando hace el amor con su mujer pero esto es muy esporádico. Dejémoslo en cuando está dormido. Pues ni cuando come, o va al baño, o efectúa cualquier actividad deja de pensar en su vicio. Y sí, es un verdadero vicio. Por él está dispuesto a morir si es necesario. ¿Qué cuándo empezó con esto, con el vicio? Huy, ya ni me acuerdo bien. Creo que fue desde que era niño. Sí, ya me acordé, empezó a jugar en la escuela, con sus compañeros, pero casi siempre perdía y por eso él mismo trata de olvidar esa etapa. A él, como a todos los que juegan lo que les gusta es ganar y ganar siempre no una vez de chiripada. Cuando se casó pensó que ya iba a tener un contrincante con el que pelear todos los días para ver cuál era el vencedor pero para su desgracia a Camila, la esposa, el juego la dejaba igual de indiferente que las teorías cuánticas o el pensamiento de San Agustín. A ella lo único que le interesaba eran las telenovelas. Belisario, a propósito, naturalmente, llegaba a su casa, la saludaba y como quién no quiere la cosa apagaba el aparato y la invitaba a jugar. Ella al principio le decía amablemente que no, que prefería ver la telenovela pues ya estaban por terminar o que a Marcia Lujenda el maldito del marido la engañaba con Lunilda Matilde, su mejor amiga, y ella quería enterarse de lo que iba a suceder ahora que estaba por descubrirlo. Ahora ya no. Ya no es amable. Ahora casi le mienta la madre cuando se atreve a apagarle la tele y en cuánto a la pregunta de que si quiere jugar con él, ella le responde: con un carajo, cuándo vas a dejar de hacer esa pinche pregunta. Él,

cabizbajo y sin cenar se retira a su habitación a tratar de llorar, cosa que nunca logra. ¿Por qué los hombres no podremos llorar como las viejas? Se pregunta noche a noche después de los insultos de su mujer. Al ver que esto no funciona busca otros contrincantes frecuentes como a su secretaria, al chofer de su compañía, al vendedor de seguros que semana tras semana lo visita para tratar de venderle un seguro de vida pues a pesar de las negativas él insistía, por algo era el hombre más terco del mundo. Y si vamos de terco a terco no sabría quién lo era más, si Bonifacio, el de los seguros o Belisario. Se veían los martes. Bonifacio sacaba papeles, los mostraba y echaba su rollo completo sobre las ventajas de tener un seguro de vida. Belisario lo dejaba terminar y al hacerlo le contestaba que por ahora no. Seguía el turno de Belisario. Ponía una mesa con sus ceniceros para que los dos, que eran fumadores, pusieran su ceniza, después colocaba papeles para anotar las puntuaciones y los instrumentos del juego. Invitaba a Bonifacio a sentarse y empezar la competencia. Le decía que solamente lo entretendría unos quince minutos o media hora, que más no. Bonifacio sonreía siempre y decía, también siempre, que qué lástima que no tuviera el tiempo, que le encantaría jugar con él no solamente los quince minutos o la media hora sino horas enteras, pero que tenía cita de trabajo con fulano o sutano y así se iba diciendo que en la próxima visita tal vez. Belisario le decía adiós y también lo ilusionaba contestándole que la próxima visita él tal vez también le compraría el seguro. Jugar solo no lo disfrutaba en lo absoluto. Si sabía de alguien que presumía jugar dominó, ajedrez, poker o cualquier otro juego solo, lo tildaba de loco. En el juego lo interesante, lo apasionante es competir y ganar. Dejar al otro sangrando, sino de las venas sí de la bolsa donde coloca el dinero, porque Belisario jugaba siempre con apuesta, no muy alta, pero sí suficiente como para que el perdedor se vaya furioso. ¿Ustedes, con toda razón, se preguntarán

porqué nadie quiere jugar con Belisario? Y la verdad es que esto es una verdadera mentira pues todos le dicen que sí, pero no a su juego. Que lo acompañarán con gusto a las carreras de caballos, al bingo, a las peleas de gallo o a jugar con él poker, dominó, canasta uruguaya, bacará, ruleta, pero no el juego de Belisario. Y Belisario se golpeaba a sí mismo fúrico por no poder jugar otra cosa. ¿Por qué me volví obsesivo con el juego del gato? Una cruz y un círculo, una cruz y un círculo y el tache final. Buscaba explicaciones religiosas: la cruz representa a la iglesia y el círculo el primer círculo del infierno. Explicaciones educativas: La cruz acostada representa lo bien hecho o el signo de multiplicación y el círculo no es más que el cero que saca el mal alumno. Explicaciones eróticas: Hay que meter la cruz en el círculo o el círculo ponerse sobre la cruz que ya de por sí está acostada boca arriba. Explicaciones filosóficas: El círculo es la nada, la cruz acostada, que es muy diferente que la parada, es el todo. Seguía con la explicación de los nueve cuadros donde se ponen las cruces y los círculos. Nueve es un número mágico. El que tire la primera vez tiene nueve posibilidades: Ponerla en los cuadros superiores, medios o inferiores, en los de la derecha, del centro o la izquierda. Él, que presumía ser socialista, siempre empezaba en los cuadros de la izquierda, y siempre en el superior. Eso le daba suerte. Al menos eso decía pues la verdad que perdía más veces que ganaba en las pocas ocasiones en que lograba jugar con alguien. Ayer, ocho de noviembre, su desesperación por no tener con quien jugar hizo crisis. Tomó una navaja y pintó sobre su tórax los nueve cuadros. Con la sangre mojó sus dedos y empezó a jugar dibujando las cruces o los círculos donde pensaba que deberían estar. Gritó más que dijo: A ti te estoy retando, pinche muerte, a ver quién de los dos gana. Si ganas tú me voy contigo, si gano yo nunca moriré. Perdió. Mañana es el entierro y todos

ustedes están invitados a la agencia para despedirlo. Les prometo que nadie los va a poner a jugar gato en ese lugar.

Tomás Urtusástegui

Nov 2005